



Conversando en días pasados en un “anexo” de alcohólicos y drogadictos anónimos, que están en condiciones muy precarias, y a dónde muchas familias llevan a sus enfermos, algunos muy jóvenes, con la esperanza de que se recuperen, me comentaban que la gran dificultad para los internos es reconocerse enfermos.

No aceptan su incapacidad para salir del alcohol y entonces lejos de recuperarse, soportan a regañadientes los días que tienen que estar encerrados pero van guardando resentimiento con las propias familias que los internaron. Algunos, no logré saber en qué porcentaje, sí asumen su incapacidad y entonces han dado un gran paso hacia su recuperación.

El primer paso para que un enfermo pueda curarse de cualquier enfermedad, es aceptar que está enfermo. Con Dios es lo mismo: quien se siente autosuficiente, quien se siente justo y santo, no es capaz de recibir la misericordia de Dios. No porque Dios no se la otorgue, sino porque él ha cerrado su corazón para aceptarla. Esta autosuficiencia, nos lleva a compararnos y a despreciar a los demás... por las apariencias.

Es de todos conocido que quien más juzga a los otros, más larga tiene la cola. Jesús vino a salvar y a rescatar a los pecadores, no vino a condenar... pero el primer paso es reconocerse pecador. Somos tan limitados y nos equivocamos tanto, que sería muy sencillo asumir esta actitud de pecador que se arrepiente y se convierte.

Pero también llevamos mucho orgullo y nos disculpamos, negamos nuestro pecado, incluso decimos que no hay pecado, para justificarnos. Así no puede haber perdón, así no puede haber curación.

Contemplemos la escena que el mismo Jesús nos presenta y escuchamos con atención la oración de estos dos hombres. Descubramos cuál es nuestra actitud y pidamos sinceramente perdón a Dios por todas nuestras faltas.